

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Un sencillo testimonio de estima y recuerdo

EN la plaza de Ireneo González, el caserón del antiguo Instituto —sede de la Escuela de Oficios y Artes Aplicadas— pronto resonará bajo la capa de los trabajos de restauración.

En años idos, allí, lejos de los destellos de sal violenta y sol salado, la sangre joven —como ahora— se hacía canto y, con plena vocación, tendía a la ola infinita, al trueno de los mares, al ir y venir de los barcos todos.

En la antigua plaza santacruzera —que primero se llamó de la Constructora— aún están los laureles de Indias con color y temblor de campana. Nos creció el alma a su sombra fresca para, luego, cada uno elegir su camino por la vida. El tiempo ha puesto su mano milagrosa en la herida de los años y hoy, en la lluvia del sueño, bien sentimos aquellos días plenos, días como verticales lanzas azules donde, por el litoral, las olas mantenían su canción.

En la antigua plaza, el recuerdo para aquellos compañeros que se fueron para siempre, para los que ya no están entre nosotros. Para ellos, nuestro recuerdo y nuestras oraciones; ellos fueron una ilusión que la muerte nos arrebató, unas cruces más en el cementerio de nuestros corazones.

Pero dejémonos de tristezas y volvamos a la alegría de vivir bajo el galope cálido del sol y el tranquilo y frío de la luna; volvamos a cuando vivíamos en las calles de la mar y la brisa, en los días envueltos en olas y humos de vapores y locomotoras afanadas. Era la ciudad de la paz tranquila, la que tenía calles con un ensueño y un corazón, la que —sin duda— duerme en el corazón de cuantos la conocieron y bien vivieron.

Ahora, cuando pasada la cumbre de la vida viene a herirnos la niñez y la juventud, todo es como el recuerdo de un recuerdo. Nos vuelve el alma blanca y fresca de la infancia, la de aquellos años en que, por los campos, teníamos por lecho la tierra y por dosel el cielo. Y es por ello que, día tras día, damos gracias a Dios por haber permitido que guardásemos el sencillo tesoro de la niñez en el arca del alma, por habernos hecho comprender que el eterno ocaso es una eterna aurora.

Crecimos. Conocimos el dolor —verdadero pan del hombre— y nos pareció morder la hierba más amarga. Pero, como consuelo, aquellos tiempos en el viejo Instituto y aquellos amigos que, pese a los años y las lejanías, permanecen fieles y muy unidos tanto en el recuerdo como en la actualidad.

Todo pasó —todos vamos pasando y el Tiempo con nosotros— y, con un pesimismo que ahora desengaña, nos enfrentamos con la vida. Bien comprendimos entonces que nunca es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo, que nada de lo hecho vale sino como materiales de lo que nos queda por hacer. Y es por eso que volvemos a que el eterno ocaso es una eterna aurora.

Hoy, cuando pasamos por el edificio que albergó años de estudios que rompían con los de la enseñanza primaria —Latín, Física, Matemáticas, etc.— sentimos una soledad de tierra y cielo, la misma que sentimos en aquellas fechas. En estas horas, cuando la frente se dobla y la mirada se nubla —cuando el inhumano silencio nos parece más pavoroso que cualquier tumulto— recordamos con intensa emoción aquel antiguo edificio que, para los aún casi niños lo

El antiguo Instituto nos habla con la profunda y muda voz de su silencio. Nos habla como antaño lo hizo a la multitud infantilmente curiosa, multitud asombrada ante las grandes aulas y varios textos, que no la enciclopedia Dalmáu ni las aulas pequeñas de la primaria. Allí, los hombres de sobria y cálida elocuencia —don Agustín Cabrera, don Basilio Francés, don Manuel Martín Cigala, don Antonio Naranjo, don Ignacio Padrón, don Juan de la Rosa, don Mariano de Cosío, don... ¿para qué seguir?— que bien nos inculcaron el deseo de saber. Ellos nos enseñaron que el hombre está lejos de poder realizar todo lo que quiere, pero que puede mucho, mucho, si se lo propone.

Para ellos, que rompieron nuestra oscuridad de casi niños con la espada de su luz, nuestro testimonio de estima, homenaje de profundo respeto.

Juan A. Padrón Albornoz

BUENOS DIAS

¡Qué dos horas más tontas!

PIENSO que, efectivamente, como decía aquél, nosotros habremos entrado en Europa, pero Europa no ha entrado en nosotros. Es decir, que somos europeos solamente «de boquilla». Que las cosas sigan en muchos aspectos «sin funcionar», aunque haya muchos aprovechados que quieran arrimar «el ascua europea» a su sardina para beneficiarse, si no ellos, los entes o sectores que dirigen. Por ejemplo, para aumentarnos el impuesto sobre la renta o cualquier tipo de contribuciones, nos dicen: «es que en Francia, Inglaterra y demás países europeos lo hacen así»; pero cuando, por otra parte, se trata de subir los salarios, o alguien quiere comparar la asistencia sanitaria de este país con las de las naciones europeas, entonces se callan como chuzos, o a lo más que llegan, es a responder: «pero, bueno, ya lo alcanzaremos; es que no hemos hecho sino entrar».

Para que no digan que si tal y que si cual, y que si yo abuso, voy a referirme hoy solamente a

un pequeño matiz, en el que parece que seguimos todavía en la época de los Reyes Godos, que no sé por qué los llamaban «godos», si nunca vinieron a Canarias. Un pequeño matiz, pero que puede costar millones de pesetas al año si los valoramos en tiempo-pesetas, es decir, en pérdida de tiempo, dándole un valor monetario a éste.

Me refiero a la «desinformación» con que se encuentra el público, cuando entra en una dependencia oficial, y no sabe adónde dirigirse, ni a quien «atacar», porque no hay ni la más ligera ventanilla de información donde preguntar. Seguramente que lo mismo le pasa al toro —y perdonen la manera de señalar—, cuando sale de los corrales a la plaza. Eso me sucedió hace pocos días en las oficinas de la Jefatura de Tráfico, donde fui a renovar el carnet. No había nadie a quien preguntar, porque todos los funcionarios estaban ocupados con sus colas o sus trabajos.

Hasta que entró un señor de Guamasa, al que conocía de

tiempo y que venía a lo mismo, y al preguntarle, me dijo que lo primero era pagar en caja y luego ir al departamento donde ponía «conductores». Pagué y me coloqué en la cola de «conductores», donde estuve como cerca de 20 minutos. Cuando llegué por fin al funcionario, me preguntó si no había llenado un impreso, y al decirle que no, me dio el tal impreso y me fui a rellenarlo, y naturalmente perdí la cola. Como no había llevado las gafas y no veía así, «de bote pronto», me fui al bar de al lado, me tomé un café para serenarme y ya, con bastante luz, rellené el impreso. Volví a la cola —ahora ya era mayor— y mientras estaba en ésta fui preguntando a los compañeros colistas qué papeles tenía que presentar, para irlos ordenando (exactamente los llevaba todos) no sea que fuera a perder otra vez el turno, y me viera obligado, como en la canción, a «volver a empezar, volver a vivir».

En fin, para no cansarles, porque ustedes tendrán también que hacer sus cosas, que entre pitos

y colas perdí allí mis buenas dos horas en la resolución de un trámite que se puede hacer, porque los funcionarios, es cierto, son rápidos y eficaces, en unos 20 minutos o media hora máximo. Porque allí todo funciona, menos la ventanilla de información, que no sólo no funciona, sino que no existe. ¿Porqué ha de tener que ponerse uno en la puerta a esperar a que entre un señor del campo —en mi caso ese conocido mío de Guamasa—, para saber qué es lo que tiene que hacer, si lo lógico es que haya una ventanilla de información, como en todas las oficinas europeas y no europeas? ¡Si yo recuerdo que antes, cuando la Jefatura estaba frente a Paso Alto y en unas dependencias estrechas, existía tal ventanilla!

Y no les quiero decir a ustedes nada de las Consejerías, por ejemplo de Hacienda u Obras Públicas, porque en éstas, no es que pierda usted dos horas inútilmente, en éstas es que tiene que llevarse la cama...

Florilán

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

El mundo de los recuerdos

DECÍA, días pasados, que recordar es volver a vivir. Y recordaba algunas cosas de mi pasado y del pasado de Santa Cruz, para hacer vivir un poco a mis lectores. Hoy voy a seguir recordando cosas. Cosas de un pasado muy lejano, pero que me imagino serán recordadas por muchos, como yo las recuerdo.

Como aquellos años de la guerra europea. Cuando empezó a faltar todo en Tenerife, acostumbrado a vivir con elementos traídos de fuera, principalmente de Inglaterra. Como el jabón «Sunling», que no me acuerdo cómo se escribía, pero que se llamaba «Sunlai». Y muchas cosas más. Como los turistas ingleses, que dejaron de venir.

Antes había hecho yo un viaje a Madrid, con toda la familia. Por cierto que recordaré algo significativo de cómo se vivía entonces en Tenerife. Estuvimos en Madrid tres años, y durante todo aquel tiempo la puerta de mi casa, en la calle de la Cruz Verde, llamada también entonces de las Tiendas, estuvo abierta. Bueno, cerrada pero sólo con el picaporte, sin pasar la llave.

De aquella época, en Madrid, recuerdo que mi padre puso una fotografía en la calle de Olózaga. En un quinto piso, sin ascensor, por lo cual pocos clientes aparecían en ella. Desde las ventanas de un salón que llamábamos «el taller» vi la primera nevada de mi vida. Todo era blanco. Los tejados. Los árboles del vecino, el Paseo de Recoletos.

Por entonces fue cuando Petra, la criada, me llevó a Recoletos a presenciar un desfile militar y vi cómo el rey don Alfonso encabritaba el caballo para que éste recibiera los disparos del revólver que trataba de matarlo.

Después, el regreso a Tenerife. Mi paso por el Colegio de San Ildefonso, fundado poco antes por don Carlos La Roche, donde conocí a muchos chicos, que después habían de ser figuras sobresalientes en la política y en la vida tinerfeña: Guillermo Olsen, los hermanos Zamorano, Miguel Pintor, Carlos e Ildefonso La Roche, Juan Estévez, José Quesada, Matías Molowny...

¡Aquél Colegio de San Ildefonso, con sus aulas llenas de luz, en la galería que rodeaba el jardín, lleno de sol! Y el patio de recreo, donde jugábamos, bajo la amenaza de la «parlasse», el tarugo de madera que se le entregaba al que se sorprendía sin hablar en francés. Y el regreso de la guerra del Hermano Antoinette, con su flamante uniforme de sargento de Coraceros...

Y los Exploradores, bajo la jefatura de don Esteban Arrianga, don Ricardo Fernández de la Puente y mister Robert Reyna. Con las excursiones y los ranchos confeccionados bajo la dirección de Juan Illada, que también era jefe de la banda de cornetas y tambores. Eran años felices, como son todos los de la juventud, para mí y para cuantos entonces tenían mi edad, si

vive alguno, todavía, para recordarlos.

Entonces empezaba yo a escribir en «El Imparcial», dirigido por don Joaquín Fernández Pajares, el popular «Jacinto Terry», que hizo época en Tenerife. Y luego en «La Prensa», a las órdenes de Leoncio Rodríguez, y

con la compañía de Ildefonso Maffiotte, Luis Álvarez Cruz, Margarita Carmona, Juan Pérez Delgado «Nijota», Pepe Cáceres...

Desde entonces, ¡cuántos años de escribir comentarios, entrevistas, reportajes!...

Y los sucesos de la época. Los

crímenes de La Cisnera y San Miguel, la «iluminada» de Candelaria...

Recuerdos, recuerdos, recuerdos... Años y años de lucha ¡más de setenta! para llegar al día de hoy, en que he vuelto a vivir un poco, recordando...

Antonio Martí



Este sábado y domingo
- días 13, 14 y 15 -

Rocar Tenerife
presenta al público
la Gama '88
OPEL

Conozca las
novedades con todo detalle
y las nuevas y ventajosas
facilidades de pago
de Rocar Tenerife.

HORARIO De 10 a 1 y de 5 a 7



Avda. Asuncionistas, 4 y 6
SANTA CRUZ

VENDO CHALET TACORONTE (Frente Jardín del Sol)

Superficie terreno: 2.150 m², totalmente murado, con jardines, árboles frutales, estanque de agua, riego por aspersión.
SUPERFICIE CONSTRUIDA: 450 m².
PLANTA BAJA: 3 dormitorios, baño, garaje para dos coches.
PLANTA ALTA: 3 dormitorios, 2 baños, amplio salón-comedor, cocina y terrazas.
ANEXO: Bodega, salón barbacoa, servicio de lavado y plancha.
Materiales de 1ª calidad con pavimentos de riga.
Recién construido.
· INFORMES: Teléfono 27-08-58.